

El escenario mundial hacia el año 2000*

En años recientes se ha difundido la noción de que el mundo habría retornado al período de enfrentamiento bipolar Este-Oeste a raíz de situaciones conflictivas como las de Afganistán, Nicaragua y el debate sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica (o "guerra de las galaxias") que propugna la administración Reagan. Paralelamente, se ha observado una notable recuperación hegemónica de Estados Unidos en el plano global, hecho que se refleja en la capacidad de Washington de alinear la política económica de los demás países desarrollados detrás de la suya sin mayor consulta ni coordinación. Como ha sostenido un autor, la estrategia de EE.UU. bajo la administración Reagan apuntaría al "mantenimiento de la bipolaridad militar y al afianzamiento de una suerte de unipolaridad económica en la órbita capitalista bajo la hegemonía norteamericana"¹.

En este contexto que privilegia la articulación económica y política Norte-Norte, América Latina y el Tercer Mundo cuentan poco o nada y, por ende, deben someterse a los dictados de los países avanzados y de las instituciones asociadas a éstos. En el caso específico de Latinoamérica estaríamos en presencia de una situación de virtual retorno de la región a su antiguo papel de "patio trasero" de Estados Unidos.

Sin lugar a dudas hay mucho de cierto en este cuadro de la situación mundial, lo que reforzaría la impresión de que se habría revitalizado un orden similar al existente durante la guerra fría. En otras palabras, en último término, tenderían a predominar los rasgos de continuidad en el escenario mundial de las últimas cuatro décadas.

Pero, es necesario hacer algunas precisiones. Pese al aparente retroceso a tiempos pasados, han ocurrido cambios fundamentales en

*Basado en una conferencia dada por el autor en el seminario *Estilos de Desarrollo en América Latina y Desafíos del Futuro* (UNITAR, CEPAL, FAO), 6-8 enero 1986.

¹Sergio Bitar, "La Inserción de América Latina en la Economía Mundial", *Mensaje*, N° 349, junio de 1986, p. 201.

el orden mundial de la segunda postguerra. Además, algunos rasgos del actual escenario mundial podrían ser un fenómeno coyuntural más que una tendencia de largo aliento, como es el caso de la recuperación hegemónica de Estados Unidos. Más aún, nuestra premisa es que la lógica del cambio de estructuras es una lógica de largo plazo que involucra a veces cambios rápidos e inesperados, a menudo progresos lentos y difíciles, y en ocasiones retrocesos parciales e intentos por reconstituir el orden en vías de disolución.

La correlación actual de fuerzas a nivel mundial no es la que existía durante las décadas del 40 y del 50; el mundo de hoy es, consecuentemente, muy distinto al de hace tres o cuatro décadas. Ello lleva a que uno de los problemas subyacentes en el escenario mundial contemporáneo sea —como ha sostenido Celso Lafer— un divorcio entre orden y poder: es decir, existe una tensión entre una estructura de poder actual bastante diversificada, y un orden internacional, con su correspondiente base institucional, que se ha mantenido casi inalterado desde los primeros años de la segunda postguerra y que refleja entonces relaciones de poder existentes en aquella época, pero que hoy han sido superadas².

Situación mundial de postguerra y las presiones por el cambio

¿A qué se deben las contradicciones y tensiones entre un viejo orden mundial que a veces parece estar siendo desplazado por uno totalmente distinto, para que luego —aparentemente— las cosas vuelvan a su lugar de partida? Una explicación sería que muchos analistas se dejan llevar por una actitud de *wishful thinking*, por el “deber ser”. Por ello, en los países de América Latina y del Tercer Mundo en general, situaciones de estancamiento o retroceso en la creación del nuevo orden deseado provocan gran desazón. Obviamente los países subdesarrollados quieren democratizar el sistema internacional y, por ello, muchas veces asignan con gran optimismo demasiada importancia a transformaciones menores o aparentes en el orden internacional. Cuando el tiempo y los hechos no se compadecen con un diagnóstico optimista, sobrevienen entonces el pesimismo y el escepticismo. De ahí las singularidades cíclicas de optimismo-fatalismo que caracterizarían a muchos observadores latinoamericanos de la realidad mundial.

Otra explicación —a mi juicio más sólida, pero que no es incompatible con la anterior— es que las presiones por los cambios existen y que efectivamente se ha producido una relativa aceleración de la historia en las últimas décadas; pero, que las continuidades ceden

²Ver Celso Lafer, “Reflexiones sobre el tema del Nuevo Orden Mundial en un Orden Internacional en Transformación”, en: Helio Jaguaribe y otros, *La Política Internacional de los Años 80* (Buenos Aires: Ed. Belgrano, 1982).

gradualmente y en forma errática a las presiones por los cambios. Esta perspectiva insinúa que el sistema mundial está conformado por estructuras, pero que éstas no son estáticas. Las estructuras como "centro" o "periferia", integran y desintegran, definen y redefinen las posiciones de los distintos actores en el sistema internacional. La lógica del cambio de las estructuras es, por lo tanto, generalmente, una lógica de largo plazo. En resumen, las estructuras cambian pero a través de procesos transhistóricos de largo aliento³.

Esta explicación visualiza a los cambios como el producto de las tensiones endógenas del orden existente, así como de las tensiones que emanan de diseños de orden mundial contrapuestos. Los cambios de orden mundial, entonces, no pueden ser simplemente acordados en una mesa de negociaciones de una conferencia cumbre entre las principales potencias, sino que, más bien, son el fruto de las presiones acumuladas sobre el orden mundial preexistente.

Habiendo hecho estas salvedades iniciales, es posible afirmar que el orden mundial sí está cambiando, pero que el proceso de transición es complejo y que involucra, como sostuvimos al inicio, avances a veces bastante rápidos e inesperados; a menudo progresos lentos y difíciles; y en ocasiones retrocesos parciales e intentos por recomponer el viejo orden.

¿Cuál es el orden mundial que estaría cambiando hacia uno distinto? Esencialmente el orden mundial que predominó desde el término de la Segunda Guerra Mundial hasta comienzos de la década del 70.

Según el fallecido futurólogo Herman Kahn, las primeras tres décadas de la segunda postguerra fueron, por lo menos desde la óptica de EE. UU. y los países desarrollados en general, un lapso de relativa paz, prosperidad y crecimiento económico; es decir una especie de segunda Belle Epoque (similar a la primera Belle Epoque de 1900-1914)⁴. Pero, como el propio Kahn sostenía, uno de los aspectos básicos de la Belle Epoque era una atmósfera de "fin de siècle" es decir, la sensación de que se vivía en un mundo más o menos pacífico y estable que se expandía y desarrollaba aceleradamente, pero que era un período que llegaría a su fin muy pronto. Después de la Belle Epoque surge entonces una visión relativamente generalizada del decadentismo y fragilidad del orden previo⁵. Ahora, no toda "edad de oro" termina abruptamente con una guerra mundial, como en el caso de la primera Belle Epoque, sino que la norma, como ya se ha

³Sobre este punto ver W. Ladd Hollist, "Conclusion: Anticipating World System Theory Synthesis", *International Studies Quarterly*, Vol. 25, Nº 1, marzo 1981, pp. 149-160.

⁴Herman Kahn y B. Bruce Briggs, *Lo que habrá de suceder: la Década de 1975 a 1985* (Buenos Aires: Emecé, 1972), p. 43.

⁵*Ibid.*, p. 45.

sugerido, es que se deteriora lentamente, desembocando en una nueva era, en un nuevo orden.

En gran medida este ordenamiento mundial se resume en el término "Pax Americana", haciendo el paralelo con la "Pax Británica" que caracterizó al mundo en el siglo XIX. En otras palabras, EE. UU. en la segunda postguerra emergió como la potencia dominante a nivel mundial, e hizo prevalecer ciertos temas y asuntos de su interés en el escenario mundial en desmedro de materias de interés de otros Estados, lo que determinó un cuadro de relaciones internacionales muy distinto al que existía anteriormente.

Una situación similar se desarrolló al interior del bloque opositor liderado por la Unión Soviética, lo que produjo un orden global bipolar rígido y el clima político conocido como la "guerra fría". Sin embargo, con el pasar de los años este orden bipolar de postguerra basado en el poder y los intereses de las grandes potencias encabezadas por EE. UU. y, en el ámbito socialista por la Unión Soviética, comenzó a descomponerse.

Primero, el fenómeno de la descolonización derivó en el surgimiento de decenas de nuevos países en Asia y África, con lo cual el mundo real pasó a tener una configuración diferente, con actores estatales provistos de intereses y aspiraciones muchas veces distintas a las del mundo de los imperios y de las colonias de preguerra.

En segundo lugar, con el desarrollo acelerado de la ciencia y la tecnología el propio papel de los Estados-naciones en el sistema mundial comenzó a declinar, al menos en relación a los primeros años de la segunda postguerra. La expansión de las multinacionales, el surgimiento o fortalecimiento de redes transnacionales en el plano sindical, partidario (activación de las Internacionales), religioso, y cultural, empezó a demostrar la relativa permeabilidad de las fronteras nacionales, de las delimitaciones territoriales y de las competencias soberanas.

Tercero, el sistema de Bretton Woods y la fuerza del Fondo Monetario Internacional en el campo financiero comenzó a diluirse, en tanto el régimen de comercio mundial basado en el GATT, que en esencia contemplaba un acuerdo de desgravación arancelaria, entró en serias dificultades a partir de la llamada Rueda Tokio de negociaciones. Lo que ha ocurrido consecuentemente es una clara fragmentación de los procesos de decisión en materia de comercio mundial. Más aún, ha tendido a declinar el multilateralismo de postguerra en favor de un trato directo entre los países basado en el poder específico y real de cada uno.

Hacia fines de la década de los 70 también se percibía una declinación relativa del poder hegemónico de EE. UU. y del orden internacional que se había conformado en los primeros años de la segunda postguerra. Paralelamente, se había consolidado la posición de la

URSS como superpotencia militar, mientras que países como Japón, China, y varios países de Europa Occidental ocupaban roles de preeminencia en el escenario de poder internacional, seguidos por potencias medianas en ascenso como Brasil, Corea del Sur y otros.

En resumen, siguiendo a Lafer, se evidenció hacia fines de la década del 70 una fuerte tensión entre orden y poder en el sistema internacional. En otras palabras, la estructura de poder basada en el rol hegemónico mundial de EE. UU., que produjo un orden de post-guerra como el que se ha descrito, derivó en una significativa diversificación del poder real a nivel internacional; pero, el "orden mundial" y las instituciones asociadas a éste continuaron virtualmente intactas.

El Orden Internacional de los 80 y la nueva revolución tecnológica: ¿Retorno a la Pax Americana?

Como ya hemos sostenido, a partir de la inauguración de la administración Reagan en 1981, Estados Unidos comenzó a recuperar terreno en el plano mundial. La economía mundial, centrada en un sistema financiero en expansión, pasó a ser liderada por la banca norteamericana, y los países industrializados terminaron sometándose al liderazgo de EE. UU. como el principal ordenador de la actividad económica global. En el ámbito estratégico, EE. UU. expandió el gasto militar superando a la Unión Soviética en el equilibrio de fuerzas nucleares a través del proyecto de "guerra de las galaxias".

Más importante aún, desde principios de la década de los 80 ha comenzado a surgir un nuevo escenario económico mundial cuyo rasgo principal es la creciente importancia de los "insumos de conocimiento" en el proceso de acumulación⁹. Según varios autores estaríamos en presencia de una "revolución postindustrial" del capitalismo, o de una nueva era tecnológica, cuyo eje dinámico serían Estados Unidos y, especialmente, Japón.

Los insumos de conocimiento, estarían desplazando al capital y al trabajo como los aspectos fundamentales que definen el proceso productivo en los países capitalistas desarrollados. Este hecho se refleja en el aumento sustancial de la cantidad de científicos e ingenieros involucrados en investigación y desarrollo en los países avanzados, y en los incrementos de gastos en investigación industrial y desarrollo en esos mismos países.

Está en marcha un proceso de *automatización flexible de la producción* (cuyo rasgo principal es la introducción de robots en la industria) que significará una declinación de la proporción de mano

⁹Ver Lynn Krieger Mytelka, "Knowledge-Intensive Production and the Changing Internationalization Strategies of Multinational Firms", mimeo, septiembre 1985.

de obra en los costos totales de producción y, por ende, un menor interés respecto a los países que ofrecen mano de obra barata a la inversión extranjera⁷. Más aún, cada vez más las empresas están aplicando nuevos conceptos de administración como “producción con cero defecto”, “entregas justo a tiempo” y “fabricación sólo de aquello que ha sido ordenado”, conceptos que, junto al diseño con ayuda computacional, contribuirán a considerables ahorros en recursos naturales. Las consecuencias de estos cambios podrían ser muy graves para los países del Tercer Mundo.

CRECIMIENTO ANUAL DE LA POBLACION DE ROBOTS
EN VARIOS PAISES
(Porcentajes)

	1974-1982	1981-82	1982-83
Japón	31	37	27
Estados Unidos	23	39	27
Suecia	41	32	42
Alemania Federal	51	52	37
Italia	31	56	157
Reino Unido	48	62	52
Francia	54	20	126

FUENTE: Datos de la OECD y de Naciones Unidas en Gerd Junne, *op. cit.*

Peter Drucker, en un difundido artículo de *Foreign Affairs*, incluso argumenta que la realidad mundial no está cambiando, sino que “ya cambió”. Según Drucker, tres serían los rasgos esenciales del nuevo orden económico internacional: 1) la economía de los productos básicos se ha desligado o “des-acoplado” de la industria; 2) en la propia economía industrial, la producción se ha desligado del empleo y 3) los movimientos de capital —en reemplazo del comercio— se han transformado en la fuerza motriz de la economía mundial⁸.

⁷Gerd Junne, “Automation in the North: Consequences for the Developing Countries Exports”, mimeo, Universidad de Amsterdam, julio 1985.

⁸Peter Drucker, “The Changed World Economy”, *Foreign Affairs*, Primavera 1986, p. 768.

La creciente marginalidad de la economía de los productores primarios para el mundo industrial se debería a tres razones. Primero, la oferta ha superado la demanda porque EE. UU., la Comunidad Económica Europea y otras potencias han estimulado la producción de alimentos a través de subsidios. Segundo, tanto en los países desarrollados como subdesarrollados, se ha registrado una considerable reducción de las mermas en la producción de bienes primarios. Tercero, se han logrado grandes avances en la biotecnología, lo que ha provocado importantes aumentos en las cosechas.

Además, la demanda para todos los bienes primarios no-agrícolas, sean éstos minerales, metales o forestales, está declinando. Esto se refleja en el hecho de que el monto de materias primas requerido para una unidad de producción industrial es actualmente no más de 2/5 de lo que se necesitaba en 1900. Debido a la aparición de nuevas tecnologías, el insumo de materias primas en un semiconductor de microchip, por ejemplo, representa sólo 1 al 3% del costo de producción total.

Según otro estudio, estamos en presencia de un proceso de declinación definitivo del consumo de materias primas a medida que se alcanzan *niveles mayores de afluencia* en la economía mundial. El punto de saturación en el consumo de materias primas dependería de la estructura específica de la economía involucrada. En todo caso, quedaría demostrada la hipótesis de que mientras más alto sea el nivel de ingresos en una economía dada, menor será el consumo de materias primas debido a cambios en la composición de la demanda, aumentos en la eficiencia del uso de los recursos primarios y la sustitución por materiales alternativos⁹. Lo anterior no quiere decir que estemos en presencia de un virtual colapso de la industria de las materias primas sino, más bien, ante el hecho de que el consumo de dichas materias primas simplemente no crecerá. En los años venideros —se ha insinuado— el éxito o el fracaso económico dependerá de la capacidad de adaptación a esta nueva realidad¹⁰.

Por otra parte, los bajos costos de mano de obra también se están tornando cada vez menos importantes como “ventaja comparativa” en la competencia. Así, se sostiene, resulta poco realista para los países subdesarrollados suponer que sus costos menores de mano de obra les permitirá exportar y competir con las potencias desarrolladas. La aceleración de la sustitución del conocimiento y el capital en lugar de la obra de mano a través de la automatización, está produciendo una reducción en el empleo industrial pero no en la producción industrial. De hecho, entre 1973 y 1985 la “producción” industrial en EE. UU. aumentó en un 40% pero el “empleo” indus-

⁹Ver Robert Williams, Eric Larson y Marc Ross, “Materials, Affluence and Industrial Energy Use”, *Annual Review of Energy*, Vol. 12, 1987, pp. 99-144.

¹⁰*Ibid.*, p. 141.

trial cayó notablemente. En 1985 había 5 millones menos de trabajadores en el sector industrial de EE. UU. que en 1975¹¹.

Este diagnóstico de la economía mundial tiende a poner en duda el proceso de transición en el orden mundial que pareció tener lugar durante los años 70. Al menos la evolución de la "Pax Americana" hacia un orden internacional más pluralista con una mayor participación de los países del Tercer Mundo ya se habría interrumpido o, incluso, revertido.

Algunos analistas perciben el posible surgimiento de una *Pax Nipponica* sustentada en la extensión del poder japonés en base a tres áreas cruciales: la nueva revolución industrial-tecnológica, la concentración en el sector servicios, y el incremento de las actividades de investigación y desarrollo¹². Otros, en cambio, visualizan la posibilidad de un nuevo mundo bajo la hegemonía conjunta de Estados Unidos y Japón.

De cualquier manera, el nuevo orden mundial que emerge hacia fines de la década de los 80 es muy distinto de aquél imperante en los primeros años de la segunda postguerra. Desde el punto de vista de los países subdesarrollados del Sur ha ocurrido un retroceso en el esfuerzo de construir un orden mundial más igualitario. Sin embargo, el bipolarismo típico de los cincuenta y sesenta difícilmente podrá reimponerse en la década de los 90, y EE. UU. enfrentará crecientes obstáculos en sus esfuerzos por preservar su hegemonía mundial.

El orden internacional hacia el año 2000: menos bipolarismo; más multipolaridad, competencia y reacomodo entre las potencias desarrolladas.

Como hemos sugerido en las páginas anteriores, a raíz de la nueva revolución tecnológica en marcha, la economía mundial atraviesa por un período de importantes mutaciones estructurales que tienen indudables repercusiones en el plano político:

Al interior del mundo capitalista, pese a que subsiste una cierta convergencia para enfrentar a los países socialistas en el ámbito político-estratégico, el signo de los tiempos es la competencia, e incluso el conflicto, en el campo económico. En el comercio internacional, por ejemplo, los países capitalistas avanzados libran una dura lucha que ha significado un incremento del proteccionismo, el uso extendido de las represalias como mecanismos de negociación, y la erosión profunda de las reglas del GATT. Como sostiene un documento interno del Grupo de los Ocho, estos conflictos "son expresiones de un

¹¹Drucker, *op. cit.*, p. 776.

¹²Ver Ezra Vogel, "Pax Nipponica?", *Foreign Affairs*, Primavera 1986, pp. 754-767.

reacomodo productivo en busca de una convivencia y una especialización distintas, que alterará la actual división internacional del trabajo, y que acentuará la multipolaridad, tanto en los centros como en las periferias"¹³.

Por otra parte, al interior del mundo capitalista persisten diversas contradicciones que deberán ser enfrentadas tanto en el plano económico —para evitar un colapso recesivo como el que insinuó el “lunes negro” de la caída de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1987—, como en el plano propiamente político.

Como se sabe, Estados Unidos se ha transformado en el principal deudor mundial —situación que seguramente se prolongará en la década de los 90— con un abultado déficit fiscal y un déficit comercial que en 1986 alcanzó los us\$ 160 mil millones de dólares. Durante el mismo año, en cambio, Japón tuvo un superávit comercial de casi us\$ 100 mil millones. ¿Puede entonces —como bien observa C. Fred Bergsten— “el país deudor más grande del mundo permanecer indefinidamente como la potencia líder o hegemónica? ¿Puede seguir encuadrando al resto de sus supuestos seguidores?”¹⁴.

Existe, por lo tanto, una contradicción de carácter político cuando EE. UU. —el deudor más importante— continúa pensando y actuando como acreedor, en tanto Japón —el acreedor principal— sigue pensando como deudor. Esta situación de anormalidad llevará, a la larga, a un severo replanteamiento del liderazgo internacional en una dirección más pluralista, y a la inevitabilidad de la concertación económica entre los países avanzados.

La revolución tecnológica también plantea desafíos al interior del mundo socialista. La Unión Soviética no tiene otro camino que el de la reforma política y económica que está implementando Mijail Gorbachov, para modernizar el aparato productivo, acelerar su avance científico tecnológico y así preservar su “status” de superpotencia. Ello requiere, entre otras cosas, reducir el gasto militar y la carrera armamentista con EE. UU., lo que podría dinamizar un proceso de distensión Este-Oeste. El acuerdo Reagan-Gorbachov, firmado a comienzos de diciembre de 1987, para eliminar todos los misiles nucleares de corto y mediano alcance de ambas superpotencias, fue un paso importante en esa dirección.

Según W. W. Rostow, la revolución tecnológica plantea desafíos parecidos tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética: ambos países tienen “una agenda de problemas muy similares; en ambos

¹³“América Latina en el Mundo Contemporáneo”, Documento-Borrador interno del Grupo de Ocho Gobiernos Latinoamericanos o “Grupo de Río”, septiembre de 1987, p. 3.

¹⁴C. Fred Bergsten, “Economic Imbalances and World Politics”, *Foreign Affairs*, Primavera 1987, p. 771.

casos se requirieren cambios políticos e institucionales profundos¹⁵. Las conclusiones obvias que se desprenden, en la opinión de Rostow, apuntan a la erosión de la lógica de confrontación bipolar. Concretamente, el escenario mundial emergente no sería capaz de soportar ya sea la dominación unilateral de Moscú o Washington, por lo que se necesitaría una concertación Este-Oeste entre países industriales nuevos y antiguos para administrar en forma pacífica y eficaz la transición a un orden futuro que ya está en marcha¹⁶.

Una presión adicional en favor de la distensión y el multipolarismo sería que, al interior de la alianza occidental, la mayoría de los países no apoya una política exterior norteamericana que no incluya un esfuerzo serio por lograr una *détente* con la URSS. Hyland ha sugerido al respecto que los aliados de EE. UU. "obviamente quieren contención y coexistencia" respecto a la Unión Soviética, esfuerzo que podría buscarse conjuntamente con China¹⁷.

No obstante, sería poco realista suponer que las tensiones Este-Oeste y los resabios del bipolarismo serán superados fácilmente. Es difícil borrar una larga historia diplomática y militar de conflictos y guerra fría y, por ello, seguramente seguirá habiendo fricciones Este-Oeste. La distensión no elimina los conflictos sino que, más bien, los regula. De cualquier modo, entre los temas que cobrarán creciente importancia en las relaciones EE. UU.-URSS estarán la búsqueda de acuerdos para el control y la reducción de armas nucleares estratégicas; la reorganización de la OTAN y el Pacto de Varsovia; y la resolución de los conflictos regionales que tengan un sello Este-Oeste.

El nuevo orden internacional emergente con sus ventajas de mayor multipolarismo y posible distensión, presentan obvias de ventajas para América Latina y el Tercer Mundo en general. Por ejemplo, los países desarrollados, a través del control sobre nuevas tecnologías como la telemática, se han constituido en exportadores netos de una diversa gama de servicios. A su vez, la provisión de estos servicios ejercerá una influencia decisiva sobre el desarrollo futuro de los países subdesarrollados. Como sostiene el documento aludido del Grupo de los Ocho, por esta vía no sólo se altera "el concepto de las ventajas comparativas, sino que quedan incluidos aspectos estratégicos, geopolíticos, culturales e, inclusive, de seguridad nacional que se derivan de la conexión a redes mundiales de información gestadas, procesadas y distribuidas por los principales países indus-

¹⁵W. W. Rostow, "On Ending the Cold War", *Foreign Affairs*, Primavera 1987, p. 845.

¹⁶*Ibid.*, p. 847.

¹⁷William Hyland, "Reagan-Gorbachov III", *Foreign Affairs*, Vol. 66, Nº 1, 1987, p. 15.

trializados de Occidente"¹⁸. En suma, la división internacional del trabajo emergente amenaza con dejar a América Latina y al resto del Tercer Mundo en una clásica periferia productora de materias primas, "pero frente a un centro o centros mucho más lejanos que en el pasado por la velocidad de su progreso tecnológico"¹⁹.

Pero, si bien América Latina vuelve a encontrarse en una situación de dependencia en el plano económico, ello no sucede en el ámbito de las relaciones políticas, donde los países latinoamericanos han ganado y preservado importantes grados de autonomía respecto a EE. UU. y otros centros avanzados, que habían sido difíciles de imaginar en las décadas de los 50 ó los 60. Ello demostraría que, al menos en el plano político-ideológico, se observa en el contexto hemisférico una clara erosión de la lógica de los alineamientos rígidos típicos de la guerra fría.

Más aún, en América Latina y El Caribe hoy se observa la presencia activa de una gran pluralidad de actores externos. Desde Japón, que en 1987 anunció un plan de ayuda crediticia a Latinoamérica y otras regiones subdesarrolladas del orden de los 70 mil millones de dólares; hasta la Unión Soviética que, con gran pragmatismo, ha expandido sus lazos oficiales con una variada gama de gobiernos de la región, esperándose que ello aumente con ocasión de una posible visita a varios países latinoamericanos por parte de Mijail Gorbachov. Evidentemente, en un escenario mundial menos rígido y más variado, los márgenes de autonomía *política* de América Latina y el Tercer Mundo tenderán a aumentar todavía más.

Nota de Conclusión

En las páginas anteriores hemos sostenido que se han registrado cambios fundamentales en el orden mundial de la segunda postguerra, y que han emergido a nivel global una nueva constelación de fuerzas, y una distribución más descentralizada del poder mundial en relación a los años 50 ó 60. Esta situación es incongruente con el orden institucional de la "Pax Americana" o un esquema bipolar.

Por otra parte, la construcción de un nuevo orden internacional más justo, participativo y horizontal, en la perspectiva de los planteamientos del Tercer Mundo en la década del 70, se ha visto frustrada por la nueva revolución tecnológica en los centros y por el aumento de los lazos Norte-Norte a expensas del mundo subdesarrollado.

La actual situación internacional requiere de un mínimo de concertación para facilitar una transición relativamente suave al nuevo

¹⁸Documento-Borrador del Grupo de los Ocho, *op. cit.*, p. 8.

¹⁹*Ibid.*, p. 9.

orden que se avecina. Según Stanley Hoffmann, la opción racional es "el planeamiento colectivo, la construcción de un nuevo orden aceptado por todos" ya que —al menos para Estados Unidos— ya no es posible aspirar a recuperar hegemonías perdidas ni resulta conveniente practicar políticas *ad hoc* de manejo de crisis²⁰.

Desde el punto de vista latinoamericano, tampoco parece conveniente que Estados Unidos y la Unión Soviética, o las dos superpotencias en conjunto con un selecto grupo de países industrializados, acuerden una especie de condominio oligárquico mundial que no considere los intereses del resto de los países.

De cualquier manera, el año 2000 verá la consolidación de un nuevo orden mundial, en que la concertación amplia y flexible será un requisito esencial para administrar de manera estable el pluralismo y la multipolaridad del poder internacional.

²⁰Ver Stanley Hoffmann, *Primacy or World Order: American Foreign Policy since the Cold War* (New York: Mc Graw Hill, 1980).